

Ryoko Sekiguchi

LA LLAMADA DE LOS OLORES



PERIFÉRICA

LA LLAMADA DE LOS OLORES

COLECCIÓN FUERA DE SERIE, 15

Ryoko Sekiguchi
LA LLAMADA
DE LOS OLORES

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

¿Desde cuándo llevaba un diario de olores? No lo recordaba con exactitud. De lo que sí estaba segura era de que las páginas que garabateaba, como en aquella época hacían todas las niñas, contenían ya descripciones o listas de cuanto había oído a lo largo del día. Al principio anotaba únicamente olores desconocidos o extraños, o que le hubieran agradado. A veces copiaba palabras fragantes que encontraba en los libros o pasajes dedicados a los olores.

No es que tuviera un olfato especialmente desarrollado, ni mucho menos. No detectaba antes que cualquiera un olor lejano. A diferencia de los sumilleres y los perfumistas, cuyas profesiones exigen una gramática y un léxico olfativo comunes, en su memorándum personal reinaba un perfecto caos. Las palabras que empleaba para describir los olores sólo existían para ella. Todo lo que pasaba por sus fosas nasales quedaba transcrito en frases que a cualquier otra persona le habría costado comprender. Algo así como esas ideas que surgen en plena noche durante la duermevela o los relatos que hacemos de nuestros sueños. Sus notas eran íntimas y solitarias: no podían ser de otra manera.

Los olores representaban para ella una forma de adicción; dependía de ellos. En ocasiones, caminando por la ciudad, captaba cierto olor y no podía evitar seguir su estela, como un

cuento o una partitura cuya continuación necesitara leer a toda costa, o cuyas notas siguientes debía cantar, aunque aquello implicara dar un rodeo. Acostumbraba a detenerse en medio de la calle para trasladar al papel los efluvios que percibía su nariz. ¿Era aquella una dependencia de los olores o de sus propias notas?

No sólo no cesaba de oler; sobre todo, no cesaba de escribir. Seguía llenando cuadernos que, se acumulaban de año en año y ocupaban cada vez más espacio. Ahora ya no solamente anotaba los hallazgos olfativos de la jornada, frases interceptadas en la calle, incontables fragmentos literarios relacionados con el olfato; le daba por imaginar un olor allá donde no se sentía ninguno, donde no se describía. Se acercaba a cuadros en los que frutas y flores parecían exhalar un perfume. Cuando levantaba los ojos hacia el cielo, su nariz buscaba el aroma de las nubes. No era capaz de pasar la página de una novela sin fantasear acerca de los olores de la escena y de sus personajes. Ni un segundo dejaba de pensar en lo que olía. Su universo se componía íntegramente de olores.

Sí, el universo entero se compone también de lo visible; sólo que, en relación con lo visible, el olor se caracteriza por ser una presencia que se nos aparece. Y lo cierto es que a ella se le había aparecido, y lo sabía.

No era el suyo un caso único, por supuesto. Desde tiempos inmemoriales, en todos los lugares, el olor siempre se les aparece a las personas. Las personas siempre han recibido su visita.

En sus diarios empezaron a aparecer series de frases cada vez más parecidas a relatos. No lo hacía por el placer de dejar volar sus pensamientos. Si imaginaba los olores de los cuadros era

para plasmarlos del modo más fiel posible. No era ella quien escribía aquellos relatos. Los olía con suma exactitud. Y con la mayor seriedad emprendía la labor de trasladar al papel lo que le transmitían los efluvios, las emanaciones siempre presentes de las apariciones que podían haber hecho en otro tiempo aquellas partículas durante sus peregrinaciones. A quienes eran afines a ella, los reconocía así, a través de los olores, como si fueran una visión remota y desdibujada a través de un canuto de papel.

Los sentía, los olía. Hasta el punto de que se fusionaban en ella, hasta el punto de que era imposible distinguirlos.

Se podría decir también que, en cierto modo, era ella quien los inventaba. De hecho, después de tantos años rellenando diarios, incluso sus propias palabras estaban impregnadas de partículas olfativas. Le bastaba con escribirlas, leerlas y releerlas para que dichas palabras llamaran a los olores, que a su vez llamaban a unas palabras que la llamaban a ella. Las palabras, tan perfumadas como los olores, eran emisarias semejantes al humo, tan sonoras como la voz, tan viajeras como las historias, ésas en las que las partículas son las protagonistas.

Así escribía ella. Así se han contado estas historias, en las páginas y en el aire.

Hay quienes, por el olor, reconocen el pan de espelta del otoño, las múltiples variedades de la menta o los diversos estados de la madera o el caucho. Otros identifican por el olfato las estaciones de metro, la temperatura del aceite, los tintes para el cuero o para el cabello.

Ella era capaz de distinguir la variedad de aromas de la tinta, el papel y hasta la cola que se emplea en la encuadernación de libros. De niña, aun antes de saber leer, encontraba en la biblioteca de sus padres el libro exacto que ellos le pedían. Con la ingenuidad que caracteriza a los padres, felicitaban a su hija creyendo que era un genio precoz que ya sabía leer los títulos o reconocer las imágenes. Sin embargo, es muy probable que se guiara por el olor.

Una cosa al menos es segura: durante los paseos con su abuelo reconocía por el olfato algunas librerías especializadas. Los libros rusos tenían un aroma muy particular que ascendía por la nariz describiendo espirales, mientras que el de los libros chinos era más plano y seco. Como ocurre con las flores de madreSelva, las imprentas y los talleres de encuadernación olían más fuerte en momentos determinados, quizá cuando las rotativas estaban en funcionamiento o la tinta aún no se había secado. Estas modulaciones en el perfume le evocaban el jardín familiar, cuyas fragancias cambiaban a lo largo del día, sobre todo tras el riego, tarea de la que le gustaba encargarse, como a la mayoría de los niños. Se decía que, si la imprenta olía más fuerte, debía de ser la hora de regar el papel con la tinta.

El olor de la biblioteca de su abuelo era de una discreción sorprendente. Aunque contenía muchas obras antiguas, aquellos libros despedían apenas un ligerísimo aroma a paja, al contrario que los de las librerías de lance; por lo demás, para olfatearlo era necesario arrimar la nariz. Como a él le gustaba releer, a buen seguro aquellos volúmenes se abrían y se ventilaban con regularidad. «Qué libros tan educados, tan bien cuidados», se decía ella admirando cada vez más a aquel abuelo que definitivamente tenía un don para la pedagogía. A veces uno se topa con libros viejos que huelen a tierra, a moho, con el papel descompuesto por haber pasado mucho tiempo arrumbados en una casa de campo o en el fondo de una caja. Sin embargo, la fetidez no es el sino inevitable de todos los libros viejos; pueden correr otra suerte. Así pues, tomó la decisión de que ella también educaría a conciencia a sus hijos-libro el día que, cuando fuera mayor, tuviera una biblioteca de verdad, como la de él.

Más adelante escogió el oficio de crear hijos-libro, sus propios libros. Los que traía al mundo se desperdigaban uno tras otro sin que ella pudiera sostener cada ejemplar entre las manos. Si bien era incapaz de imaginar el destino de cada uno de sus hijos, velaba por que estuvieran *bien educados*.

El día que su primer libro vio la luz, estaba tan emocionada que durmió con su obra. La acomodó justo al lado de su almohada, acarició la cubierta e inspiró profundamente su aroma antes de quedarse dormida, satisfecha. Desde entonces, se convirtió en un ritual. Décadas después, la publicación de un libro le proporcionaba la misma excitación que el primer día y siempre pasaba la primera noche con el recién nacido, entre los efluvios de su tinta fresca.

Como todo el mundo sabe, el libre albedrío no define por sí solo nuestro camino vital; el azar, los encuentros y las condiciones

externas desempeñan su papel. ¿Y si fueran los olores los que guiaran en secreto nuestras vidas?

Al menos, a ella le complacía pensar que existía una comunidad de seres unidos por los olores. Más que una comunidad, casi una familia, un clan, como una variedad vegetal. Guiada por un olor preciso. Podía imaginarse naciendo en cualquier época, en cualquier rincón del mundo, pero en todas esas vidas posibles siempre se veía rodeada de papel: hija de un modesto impresor en el zoco de una urbe oriental en el siglo XVIII; escribana pública en el Mali de la década de 1990, instalada en el arcén de una carretera a la sombra de un montón de chatarra; discípula de un artesano de provincias; fabricante de papel en la Corea medieval, o aprendiz ayudando a su padre a cocer pieles de ciervo para preparar la cola para la tinta...

Independientemente del tiempo o del lugar, habría estrechado contra su cuerpo el libro que acababa de escribir, de copiar, de imprimir o de encuadernar, y habría compartido con él su lecho durante una noche para que pudieran olerse mutuamente: él, la esencia del cuerpo humano; ella, la del cuerpo-libro. El tiempo justo para comprender que aquel objeto, fruto de toda su atención, ahora habría de seguir su camino solo, con su aroma a tinta y a papel.

* * *

*Los aromas desconocen la noción de distancia.**

* El «diario de olores», en cursiva, se compone, por un lado, de reflexiones de la narradora y, por otro, de fragmentos extraídos de otros libros (las citas aparecen entrecomilladas y las referencias se detallan al final) y de retazos oídos (frases reproducidas entre comillas pero sin referencia, cuyos autores se reconocerán en los agradecimientos). [Todas las notas son de la autora.]

Un perfume puede existir no sólo encarnado en partículas olfativas, sino también en el pensamiento.

Basta con recordarlo.

*El recuerdo de las hojas de un melocotonero de hace cien años:
¿puede el mero pensamiento hacer que resurja su olor, aquí y
ahora?*